

BARBIE ZELIZER Y KAREN TENENBOIM-WEINBLATT (EDITORES), (2014): *JOURNALISM AND MEMORY, CROYDON, PALGRAVE MACMILLAN*, 282 páginas.

El periodismo vuelto del revés, mirando hacia atrás, como repositorio de lo que ha pasado. Reflexionar sobre tal reversión es el objetivo del libro editado por Zelizer y Tenenboim-Weinblatt. Un juego oportuno que permite, en su estado actual, la diversidad de miradas que presenta este texto y, por lo tanto, la desigualdad en los enfoques.

Por desgracia, lo más débil del libro se encuentra en su introducción, en el inicio, firmada por sus editores. Repleta de tópicos sobre la memoria, incluyendo la referencia a Kuhn y su paradigma. Queda, como no podría ser de otra manera, la declaración de objetivos: el análisis de la memoria en la esfera pública, la producción de pasado por dispositivos que tienen la función de marcar la actualidad y generar expectativas.

En el primer capítulo, Geffrey Olick intenta dar razones de lo que considera carencia de estudios que usan memoria y periodismo. Una convención analítica que resalta especialmente si se tiene en cuenta que buena parte de la práctica periodística cotidiana se alimenta de memoria en forma de documentación, que, a su vez, puede ser tomada como archivo de la memoria colectiva. Esto nos lleva un paso más allá: el periodismo no solo se alimenta de memoria sino que alimenta la memoria. Es memoria ¿Por

qué entonces tal ausencia de análisis? La resistencia de los propios medios de comunicación a la reflexividad.

El capítulo de Zelizer traza las distintas etapas del papel del periodismo en los estudios sobre la memoria colectiva. Un recorrido que concluye con la imposibilidad de pensar estos estudios sin el periodismo.

La relativa contradicción entre un periodismo lanzado hacia la globalización, hacia lo que las autoras (Ingrid Volkmer y Carolyne Lee) denominan identidad cívica cosmopolita, y una memoria colectiva que ha sido –y, en buena medida, es– fundamentalmente de carácter nacional es el objetivo del tercer capítulo. Se hace a partir de la concepción de múltiples esferas públicas entrecruzadas, y la prescripción de una práctica periodística inicialmente abierta a una memoria colectiva global. Desde la perspectiva de quienes pensamos que se está configurando una esfera pública global, articulada en el juego conjunto entre comunicación consumo, la investigación empírica sostenida en este capítulo –entrevistas a estudiantes internacionales en Australia– será una referencia.

Una esfera pública global y una memoria pública global problematizada es el material del cuarto capítulo, redactado por Jill Edy. La autora apunta

como los nuevos medios llevan a una exposición selectiva de los contenidos, de manera que la producción de referentes comunes será cada vez más difícil, incluso en el ámbito nacional, y, por lo tanto, de memorias comunes. Cuestión que algunos acontecimientos parecen discutir.

Michael Schudson, quien es una de las máximas autoridades en los estudios sobre periodismo de los últimos decenios, se sumerge en el *New York Times* para mostrarnos como las noticias que parecen conmemoraciones tienen tres funciones distintas a la de hacer memoria: justifica portadas o relevancias protagonizadas por el pasado, sirven de contexto para enfocar las noticias actuales y muestra a la audiencias formas de comportamiento. De esta manera, Schudson aborda lo que la memoria selectiva hace a través del periodismo conmemorativo.

Hablar de memoria es hablar de tiempo y, por lo tanto, de temporalidad. Tal es el centro del capítulo titulado: “Counting Time: Journalism and the Temporal Resource”, de Tenenboim-Weinblatt. El objetivo es observar cómo se sostienen historias en el tiempo sobre sucesos que se alargan, como los secuestros que la autora utiliza como referencia. Ello exige un ejercicio periódico de memoria colectiva. Ahora bien, con los nuevos medios, que todo lo memorizan, el periodismo no puede limitarse a traer a la memoria sino que tendrán que añadir valor a la misma, recreándola, reimaginándola.

Una reelaboración de la memoria colectiva en la que se centran los israelitas Neiger, Zandberg y Meyers: no se trata solo de traer la memoria sino de generar noticias de lo hipotéticamente pasado. Es decir, el pasado se convierte en noticia por su novedad. Es lo que llaman: “*reversed memory*”.

La relación entre periodismo y memoria visual recorre los cuatro

capítulos siguientes. Hay que resaltar la originalidad del trabajo de Hariman y Lucaites, demostrando la relevancia que tienen manos y pies en la producción icónica periodística. Así, se genera una memoria de un cuerpo político fragmentado, incompleto y, a la vez, plural. Una reflexión que da qué pensar.

Andén-Papadopoulos nos plantea la nueva ecología de la memoria, a partir de la lluvia de imágenes que proviene de los ciudadanos-testigos, a partir de la extensión de los smart phones, en lugar de venir de periodistas profesionales. Algo que conlleva una nueva política y representación de la autenticidad y la imparcialidad.

En el décimo capítulo, Reading se centra en el proceso de configuración mediática –y, por lo tanto, en memoria– de un acontecimiento: la captura de Osama Bin Laden. Una memoria aún reciente, por lo caliente. Una visión desde un sistema de medios de comunicación global, que crea una memoria colectiva global y una esfera pública global. Pero ¿qué poderes hay en la gestión de ese sistema?

La retina bélica fijada es el tema de Andrew Hoskins en el undécimo capítulo, que nos presenta la configuración de una nueva memoria de la guerra a partir de las imágenes de la misma abierta y continuamente accesibles a través de internet. Allí, parece como si la guerra no acabase nunca, como si se diese una continua reactualización. Esto en cuanto a su difusión. Pero ¿qué ocurre con la producción de imágenes de la guerra, siendo esto lo que puede considerarse específicamente periodístico? El autor plantea una especie de lógicas mezcladas a partir de las nuevas tecnologías, con la búsqueda de la mayor audiencia al fondo. Por un lado, la cámara en el frente, retransmitiéndolo todo a partir de su ajuste en un casco. Perspectiva que entronca con la, a la vez, clásica

y romántica visión del periodismo de primera línea, aun cuando sea soportado e incorporado por un soldado. Por otro lado, un periodismo que va incluso más allá que el propio frente bélico, que hasta proporciona información a los ejércitos sobre los movimientos de los otros, a partir de tecnologías como los drones o la incursión en la información ajena a través de la inserción de virus en los ordenadores ajenos.

En el capítulo 12 nos encontramos con otro de los referentes vivos del estudio del periodismo, Dan Berkowitz que, junto a Matt Carlson, examinan en “The Late News: Memory Work as Boundary Work in the Commemoration of Television Journalists” el papel del recuerdo de los periodistas ya desaparecidos para delinear las fronteras de lo aceptable de una práctica. La memoria se convierte así en canon de conducta periodística.

Un caso inmerso en lo más profundo de la historia estadounidense como nación, el Gettysburg Address, ha sido reformulado varias veces por el periodismo norteamericano a lo largo del tiempo, en función del contexto histórico concreto en el que se da tal reformulación. La historia se rescribe periodísticamente. Hasta de las palabras del autor, el multidisciplinar Barry Schwartz, podría derivarse que la historia se reventa, desde la prácticamente nula aparición en los medios en el momento que se produjo el acontecimiento –abril de 1863- hasta nuestros días.

En el capítulo 14, Carolyn Kitch analiza la distinta relevancia que ha tenido la referencia a la historia en los periódicos norteamericanos. De alguna manera, se trata de una historia de la historia en los medios, llegando a la actualidad, donde los vínculos con la historia sirven como fuente de la imagen del medio, de la marca.

El último capítulo, desarrollado por Susana Kaiser, sale del área

norteamericana para situarse en Argentina. Es también particular por otros motivos. Aquí ya no es la memoria colectiva que directamente traza el periodismo, sino que se sitúa en los juicios sobre los desaparecidos y cómo en ellos se escribe la memoria, en este caso del terrorismo de estado. En las sesiones judiciales se apela a la memoria. Pero los medios también la utilizan, especialmente a través de la memoria de los periodistas, para el seguimiento de lo que se dice en tales sesiones. El periodista se convierte en una especie de testigo indirecto con su memoria, aunque no comparezca ante jueces, abogados o fiscales.

Tras la lectura del libro, que cuenta con nombres de indudable reconocimiento intelectual, el periodismo aparece como una indiscutible práctica de la memoria, aun cuando se concrete de distinta manera según el momento y el lugar. Dice Luhmann que lo que sabemos lo sabemos por los medios masivos de comunicación. Lo que recordamos o recordaremos, también. Teniendo esto en cuenta, los medios nos dicen lo que se tiene por futuro y lo que es pasado. El propio periodismo es un marcador de tiempos.

Manuel Javier Callejo
Profesor Titular de Sociología
UNED

